

LA OTRA GENTE

Alejandro Ariceaga
(Taller de Crítica de *Punto de Partida*)

Toda la mañana la habían pasado encerrados.

Puesto que se iniciaba el periodo de vacaciones, Mooli los dejó solos, mientras iba de compras, para que pensaran en un buen lugar al cual ir durante diez días. Pato consideraba que hubiera sido padre pasársela en Oaxaca, en la casa que tenía el amigo rico de Carlos en la colonia San Francisco, pero lo silenciaron los demás diciéndole, como le dijo Sonia:

—Hay hongos cerca de ahí, en Huautla
o como lo dijo Huichi:

—Ahí no, hace mucho calor
y como trató de expresar el Pío:

—A Dineilanlia.

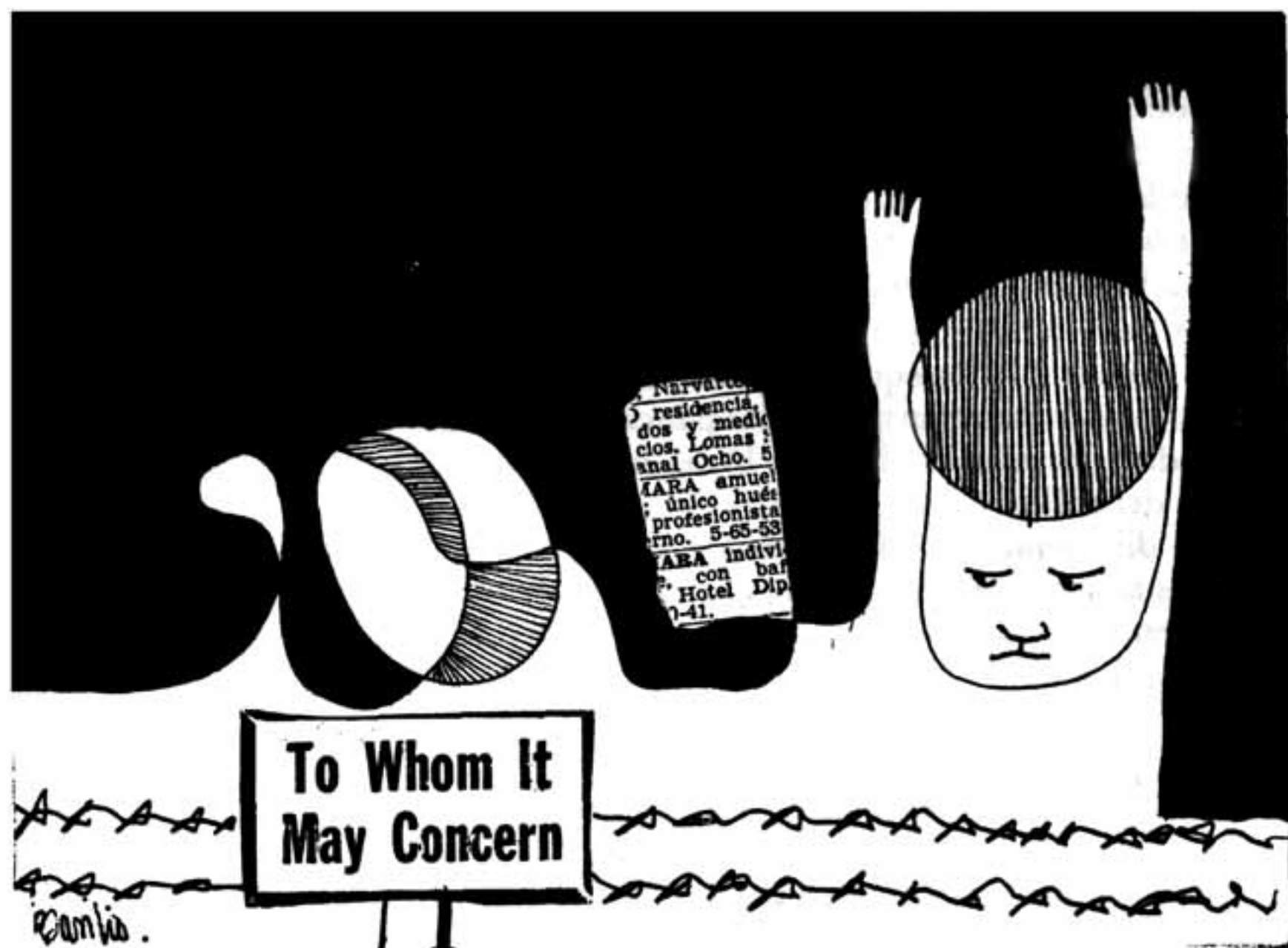
No coincidieron en un solo sitio. La duda se paseó por toda la habitación, como siempre que se trataba de elegir un sitio para vacacionar, o cuando hacían la tarea y no estaban presentes Carlos y Mooli.

—Ah, ya sé —exclamó Sonia desde arriba de una revista de monitos—: A Cuernavaca.

Le hicieron gestos. Se escuchaba por toda la casa el siseo ssss de la olla exprés que Mooli, antes de salir, se esmeró en colocar a fuego lento, para que el guisado de betabeles estuviera listo a su regreso.

—A Toluca —dijo el Pato—, al fut.

No. Les dieron ganas de jugar con el tapón de la olla exprés, pero recordaron que la última ocasión en que lo habían hecho, toda la comida de



espaguetis escapó por la ventila y fue a parar a la cama de la vecina de enfrente, quien estaba en ese momento haciendo el amor con su marido.

—A Vieñam —pronunció el Pío.

El de la idea de quitarse los calzones fue el Pato. Dijo “Vamos a andar sin ropa” y preguntó gesticulando una alegría patética: “¿Sí?” Sonia ni pensó que se inhibiría un poco esa vez al ver los cuerpos desnudos de sus hermanos. No sabía aún diferenciar el sexo opuesto, pero entonces sintió lo que se dice un nudo en la garganta al mirar cómo ellos iban despojándose de sus ropas hasta quedar en calzoncillos con figuras de colores, y con esas expresiones de burla e indiferencia al hecho. Pío hasta bailoteó cuando estuvo desnudo; como aún no podía pronunciar con exactitud lo que pensaba, se conformó con hacer ruiditos con la boca, palmear y seguir bailoteando sobre uno de los sillones. Las pantaletas de Sonia, como bloomers pequeñines con las efigies de Pili y Mili, quedaron junto al resorte salido de un sillón, junto a los calzones de Huichi, más grandes que los del resto y con una efigie de Frank Zappa en las nalgas, y junto a los del Pato. Pío los arrojó al suelo, donde quedaron abandonados en posición de volver a ascender por las piernas sucias de orines y tierra.

Carlos siempre les decía que eran iguales, que debían respetarse y protegerse mutuamente. Y se los demostraba con hechos: respetando íntegramente a Mooli con un amor fuera de rutina: sin concretarse a dormir con ella, vivir en la misma casa, comer de los mismos betabeles, gozar de los children. Más bien era su amigo, era el término exacto del eterno compañero, era la

mitad del sostén familiar, el esposo entregado a ella.

—Yo quielo il a Vieñam.

Desde luego que tenían problemas económicos, y fuertes. Por entonces habían tenido que empeñar hasta a la mascota de la casa, un viejo collie que los ayudaba en menesteres más o menos ordinarios: ir por el periódico, traer las pantuflas de Carlos, dejarse montar por los cuatro niños y lavar los trastes. Eso de la venta molestó a Mooli, ya que así ella tendría menos tiempo para fabricar pancartas para venderlas a la entrada de los cines. El collie, perfectamente equipado con correas que sostenían a sus costados dos cajas, la ayudaba a transportar las pancartas de todos tamaños perfectamente enrolladas; además, la clientela hacía una compra feliz debido a la presencia amable del collie.

Pato dijo aquella mañana, casi a gritos, que qué lástima (qué chirriones) que ya no pudieran jalarle los pelos al perro y que ahora que estaba desnudo le hubiera gustado montarlo. Sonia dijo que ni modo y todos movieron la cabeza en señal de qué chirriones.

Huichi reemprendió:

—Hay que decirles que nos lleven a Acapulco.

No secundaron la idea, pero tampoco protestaron. Pío trataba de sacarse un moco con el índice. A más de la duda, la hermandad se paseaba por la habitación. Practicaban la igualdad. Podría decirse que era un solo cuerpo-alma lo que habían logrado entre los cuatro, eso que demostraron una ocasión en que el amigo rico de Carlos, que era cíclope y venía de Oaxaca, llegó a la casa y desbarató sin querer un castillo de arena y agua que el Pío había construido bajo la ventana de la sala. Carlos le dijo que no se apenara, pues él tenía la culpa por no haber mandado a construir una casa con puertas. También esa vez se quitaron los calzones en señal de protesta; aunque Sonia no se ruborizó, antes se montó en los hombros del gigantesco cíclope y mientras le encajaba los dedos en su único ojo gritaba que lo mataría. Observó el montado que la niña estaba demasiado influenciada por los programas de televisión, pero no estaba molesto. Entre los cuatro, después, y casi con profesionalismo stripper, despojaron al oaxaqueño de sus ropas y lo pusieron a competir con el collie para medir su dimensión en gritos. Pero no le quitaron los calzoncillos y el Huichi se lamentaba esa mañana de no haberlo hecho entonces, porque, dijo, “ahora sabríamos cómo tienen aquí” y se señalaba su miembro. Carlos les había dicho, a insistencia de una pesada mirada de Mooli, al casi de una paliza a los cuatro:

—Deben respetar a mis invitados —y como siempre ejemplifica por comparación, según su método, añadió—: o el día que alguien venga a visitarlos a ustedes, voy a hacerle lo mismo que le están haciendo al señor —y hasta dijo el apellido de éste. Pero el señor cíclope insistía en que no estaba enfadado, más bien, que se deleitaba con los jalones que en las orejas le daba el Pío y con los puntapiés que en las costillas le alcanzaba el Huichi. Ni dejaba de repetir a Carlos:

—¡Asombroso! ¡Tienes unos hijos formidables! —mientras el Pato le mordía una mano.

Siempre han contemplado en Carlos a un padre orgulloso, satisfecho de ellos. De esto se acordaban los cuatro. Huichi no se explicaba por qué Carlos solía llevar a casa a esos amigos suyos; acusaba que no eran agradables. El Pato se reía al mirar al hermanín, diciéndole:

—Híjole, a ti casi no te crece nada —mientras le señalaba el miembrito. Pío decía que y qué, y era todo lo que podía decir levantando los hombros repetidas veces, mientras miraba el dedo como acusativo de su hermano, alternando la mirada triste con lo que se le señalaba. Presentían que si Mooli

regresaba, al encontrarlos desnudos, lo más probable era que habría pleito, ya que les había prohibido terminantemente volver a quitarse los calzones cuando no fuera necesario. Entonces el Huichi aconsejó:

—Ya sé, le diremos que nos dio calor.

A lo que corrigió Sonia:

—Eso le dijimos la otra vez, pero de todos modos se enojó.

—Bueno —añadió el Pato—, entonces vamos a bañarnos y así Mooli hasta dirá que hicimos bien.

Comisionaron a Pato y a Sonia para conseguir combustible. Mientras, Pío y Huichi fueron al armario de una de las vecinas y trajeron toallas limpias, jabón en polvo y esponjas. Pato encendió el bóiler con varios discos de Armando Manzanero y avivó el fuego con revistas viejas. Aprovecharon para hacer ejercicio y entrar en calor mientras Huichi revisaba algunos mapas, insistiendo en el lugar ideal. Pronto estuvieron en el baño, analizando la mugre que resbalaba por sus cuerpos e iba llenando la tina con una espuma casi lodosa. Pío fue a buscar su trompeta para hacer burbujas y las hacía desde el lavabo. Sentían el agua tibia y chapoteaban —todo esto lo recuerdan.

Esa casona vieja en que vivían, reconstruida por Carlos, reflejaba en su fachada los años de una vieja revolución. Casi decía en las paredes rayadas, mil veces pintadas y repintadas, que por ahí habían cabalgado los soldados y habían rebotado las balas también mil veces. Entonces se llamaba la calle, ostentosamente, Avenida de la Revolución. Por ahí se veía a Mooli aproximarse con una bolsa grande, tejida de ixtle, donde cargaba alimentos además de chácharas para construir las pancartas. Ella misma las pintaba con leyendas alusivas, variadísimas, adecuadas para cada partido político o élites de distintas ideologías. El estudio —junto al baño, donde esa mañana chapoteaban los enanos— le servía para esa labor, y las paredes también daban idea de otra revolución: llenas de pinturas de todos colores, con carteles de otros países que le servían de modelo para construir sus pancartas.

Antes de sacar la llave de su portamonedas, consultó en el reloj de una capilla cercana que Carlos estaría a punto de volver del trabajo (Carlos trabajaba como agente vendedor de una eminente editorial de publicaciones pornográficas), así que hizo como que se preocupaba mucho por recibirlo ya con la comida preparada y la casa debidamente aseada. Le costó trabajo, como siempre a causa de su obesidad creciente, entrar por la ventana. Esa mañana no había castillos de lodo, ni de naipes, ni tanquecitos antimotines de plástico, ni granaderitos de plomo, ni perforaciones de ninguna clase en el suelo o en las paredes de la sala, así que Mooli pudo correr por todo el pasillo que conducía de la sala a la cocina, para depositar ahí parte de lo que había comprado. Después comenzó a gritar:

—¡Huichi! —y hacía un silencio—, ¡Pato! —y otro—, ¡Sonia! . . . ¡Pío! los nombres de sus hijos. Vaya que le costó trabajo descubrir que estaban en la bañera; lo descubrió al ver cómo corría el agua sucia de jabón y lodo, por abajo de la puerta del baño, hasta llegar al estudio. Abrió la puerta y gritó toda clase de necesidades. Ellos fueron saliendo uno a uno, el Pío comiendo esponjas, casi apenados por estar desnudos ante Mooli y se pararon cara a la pared en el pasillo (el Pío sosteniendo en una mano la corneta para hacer burbujas). Mooli dejó que su filípica saliera sin tapujos y terminó diciéndoles:

—Y ahorita que llegue Carlos se me previenen. ¡Es el colmo!

Pío, aún masticando un pedazo de esponja, enjugando el llanto amargamente, con cara de amiba, berrincheó:

—Yo quielo il a Vieñam.